

Esperança Bielsa
Antonio Aguilera

Benjamin y la traducción

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2024

© Esperança Bielsa y Antonio Aguilera, 2024

© de la traducción, Fruela Fernández, 2024

© de esta edición, **Ediciones del Subsuelo S.L.U. 2024**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-126572-4-1

Depósito legal: B 21639-2023

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Imagen de la cubierta: fragmento del cuadro *Imagine* de Xavier
Franquesa

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Índice

Introducción	9
Parte I. Benjamin sobre la traducción	
Pensar (la traducción) traduciendo (a Walter Benjamin). Fruela Fernández	25
1. Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje del hombre	27
2. La tarea del traductor	53
3. <i>La traduction – le pour et le contre</i>	75
Parte II. La traducción en la obra de Walter Benjamin: una actualización	
4. Baudelaire y la experiencia moderna	83
5. La tarea de la reproducción	119
6. El traductor como productor	157
Parte III. La traducción en el mundo contemporáneo: una aproximación benjaminiana	
7. Contra el viento del olvido	191
8. Política de la traducción: una perspectiva cosmopolita	209
9. Tesis sobre la traducción	235
Bibliografía	241

Introducción

Traducir e interpretar a Walter Benjamin, pensar la traducción desde Benjamin, repensar las intuiciones y los aciertos de Benjamin en una época donde la multiplicidad de lenguas se ha desparramado por el mundo entero sin que la vana ilusión de una lengua universal o de una comunicación cosmopolita sin mella se hayan cumplido. Pero en medio de la incomunicación universal, en la confusión babélica que junta culturas, lenguajes y mundos humanos, ha emergido la conciencia de que la traducción ofrece un medio, una forma, una técnica para la tarea de enfrentarse a la incapacidad histórica de los humanos para trazar los fines y medios adecuados para una paz perpetua y una solidaridad sin fractura, en una política que haga justicia a la confusión babélica, al desajuste social, al malestar entre las culturas y en la sociedad mundial, a un choque entre naturaleza y cultura todavía por pacificar.

Modesta tarea la de enfrentarse a la traducción, a lo que parecería mortalmente aburrido en cuanto se considera simple transparencia, mera reproducción, paso de contenidos significativos o discursivos de una lengua a otra. Pero la traducción es bien opaca y contribuye a la confusión, al desentendimiento, a la no comunicación, al enfrentamiento, al odio o

al amor estúpidos, al menos cuando oculta las sibilinas operaciones que traicionan lo que parecería su finalidad, su objetivo, la tarea encomendada a los traductores. Actualizar las intuiciones de Benjamin consiste en sacar a la luz de una actualidad cosmopolita o cosmo-localizada las limitaciones y las ventajas de la traducción, de eso que desde que existen lenguas han necesitado los seres humanos. Hoy, esa necesidad alcanza lo hiperbólico, precisamente por la multiplicidad de mundos que pone en relación una industrialización, urbanización, masificación, junto a los medios de comunicación de mensajes como de personas, donde el París del XIX que Benjamin estudió como prehistoria del siglo XX apenas aparece como un pueblecito en el que emergieron muchas de las cosas que hoy tenemos en lo cotidiano y en lo institucional en marcha. Aquella vieja necesidad de la traducción se ha convertido en parte de lo inobservable, como ocurre con el aire que respiramos, incluso cuando está contaminado.

La traducción puede verse a la sombra de la reproducción, de eso que muchos consideran mera copia a la que apenas habría que atender, pues ahí se vería lo que Borges ya estipuló con toda precisión en su «Pierre Menard, autor del Quijote»: que ni siquiera una copia letra por letra puede ser idéntica al original que está alejado en el tiempo de la copia, tal vez porque la significación dependa del uso y cambie con los contextos, con la historia, tal vez porque espacio y tiempo se oponen a la identidad que algunos suponen confundiendo lo simbólico con lo lingüístico, el significante con el significado. La traducción no es ciertamente duplicación o copia, pero ni siquiera es mera reproducción. Entre otras cosas porque la misma

reproducción tiene que producir su objeto mediante operaciones que exigen un dominio del medio y de los materiales y una consciencia de las limitaciones de lo que se hace y logra, diferente a lo que supone la interacción entre lenguajes. Pero tampoco la traducción es mera producción literaria, porque su relación con el lenguaje es peculiar y poco tiene que ver con la poesía o con la narración. El trabajo con el lenguaje que realiza la traducción conlleva ciertamente una modesta aceptación del papel derivado de su tarea, aunque pueda elevar o volar mucho más alto que lo traducido.

Aquí y allá, para fines diferentes, las traducciones ponen en relación lenguajes y, con ello, lo humano. Si cada lenguaje abre un mundo, es la traducción lo que abre a los mundos del lenguaje, lejos de la idea de una lengua como casa del Ser, pues hay ya muchas casas en el planeta. A esa apertura a los lenguajes y a los mundos humanos apuntan estas páginas de modo directo. Y como el lenguaje es lo que ha permitido y es necesario para definir lo humano, la traducción adquiere hoy un papel decisivo en ello, pues apunta a la relación entre lenguajes que caracteriza al ser que habla en el siglo XXI, al ser que habla en medio de millones de seres y de miles de lenguas. Ese ser que habla en medio de la confusión babélica requiere de la traducción, vive en la traducción, habla traduciendo, traduce hablando y así se convierte en el animal político del que habla Aristóteles, pero en una modernidad avanzada.

Como ya vio Benjamin, en la profusión de lenguas yace también una relación con las cosas, con la naturaleza, que se vuelve hoy mucho más relevante reflexionar, pues ya se ven los

límites de una Tierra asediada por la industrialización y sus efectos. Tal vez fuera demasiado místico pensar en una traducción del lenguaje de las cosas, como el primer Benjamin parece soñar, pero habría que actualizar algo de ese pensamiento que compartió Scholem, el estudioso de la mística de la Cábala, o la filosofía del último Adorno. La traducción introduce aquí otra perspectiva para abordar el no lenguaje de las cosas, la vida secreta de los árboles, de las montañas, del paisaje, de los animales silvestres y de los domésticos, de las piedras, incluso de la basura, del Odradek kafkiano. Para Benjamin, para Adorno, para Anders y tantos otros que leyeron con cuidado y atentamente a Kafka hay en su relación con el lenguaje una clave de interpretación, de desciframiento de los enigmas que una modernidad tardía nos lanza. Y no es ciertamente un azar que el checo que escribía en alemán trazara una perspectiva que nada en lo traducido y elaborara una literatura que anticipa todos los movimientos de la vanguardia, incluso hasta el de un extraño fracaso en medio del reconocimiento y el éxito.

La potencia del lenguaje, en cuanto se enraiza en movimientos y sensaciones, posibilitando una reflexividad que lleva hacia el futuro y recupera el pasado, permite tanto una inteligencia que puede anticipar muchas situaciones y preparar comportamientos como un trato con lo deseado en la necesidad y en lo que la sobrepasa largamente. Y cuando ese potencial se ve en la multiplicidad de las voces, de los mundos, de los lenguajes que han conformado la historia de los humanos, aparece más allá de la ilusión antigua de un lenguaje puro o verdadero a ultranza una realidad más modesta y más efec-

tiva. Si todavía queda la nostalgia de una lengua que las domine a todas, de un anillo de poder que a todos los otros los deje bajo su mando, de un centro que permitiera ordenar el Cosmos entero, en la jerarquía de los seres, en los niveles ontológicos y éticos, de clase o de origen, de raza o de astucia, incluso permitiendo acercarse a lo divino o convirtiendo a los ambiciosos en dioses, es porque no se ha mirado lo que ante la historia humana ha ido conectando y entrelazando mundos y lenguajes: la traducción. Si esta modesta conducta humana abre a la historia perversa de una catástrofe continua es porque al asumir el potencial del lenguaje lo comprende difundido en las innumerables lenguas, en la riqueza de lo humano y dentro de una naturaleza que le ha dado cobijo y esperanzas.

Por eso es relevante no sólo conectar la traducción con la filosofía del lenguaje, de una concepción del lenguaje que no sacrifica ninguno de sus potenciales o funciones, de todo lo que es capaz y ha desplegado en la historia humana, sino también resulta importante entender que el uso artístico, libre, gozoso y dolido del lenguaje, en los espacios menos sujetos a la disciplina del saber, del dinero o del poder político, se ha alimentado de la interacción de lenguas que posibilita la traducción. Tal vez no hay literatura alguna en la faz de la Tierra que no tenga que ver con la traducción, no sólo de lo que la experiencia humana moviliza en torno a lo extraño lingüístico, sino de lo que en su interior emerge como un resonar de otros mundos en el propio de esa lengua, de la naturaleza misma, del no lenguaje de las cosas que el lenguaje humano mueve para salvarnos a nosotros con el cuidado de la tierra que

nos aloja. Ese intercambio emerge en la actualidad en una literatura que respira traduciendo, como en Beckett, como en Borges, como en Kafka o Coetzee. Al atender a la cotidiana tarea de la traducción se abre la perspectiva que parecería ofrecer una buena representación de las sociedades complejas, de la modernidad tardía, la que permitiera pensar políticas adecuadas en una situación límite. Si cada lenguaje abre un mundo, la traducción abre los diversos mundos lingüísticos y los conecta, apuntando a una humanidad que por fin aprenda a constituirse como tal y asumir los fines que no debería marcar el capitalismo.

Son varios puntos los que se abordan al filo de la traducción: la filosofía del lenguaje, la reproducción, la literatura como laboratorio del potencial del lenguaje, la política a la que abriría una comprensión del papel de la traducción en un mundo lleno de lenguajes en interacción. Y, además, una conexión con la naturaleza que se despide de la jerarquía, de la nostalgia por el dominio cruel de la naturaleza que amenaza con destruirnos, como a Fausto, pero sin que ningún dios se apiade al final, como tampoco lo harían virus y bacterias. Lo que podría mostrarse mediante el trabajo con las palabras, no con las significaciones, no es solamente la multiplicidad de mundos humanos. Para poder alumbrar algo escondido, la traducción puede ser una curiosa vía, pues apunta a lo que el lenguaje humano parece haber olvidado cuando el mundo de objetos dejó de quererse decir, de hablar. La mudez de la naturaleza, que inquietaba a Benjamin —como la otra cara de un nominalismo feroz que creería en la pura discrecionalidad del lenguaje, en su mera instrumentalidad—, se podría poner

a hablar gracias a un lenguaje que muestra su naturaleza, cual una mona que se pone a hablar, o como un sordomundo ciego, o como una rata o un perro kafkiano. La estetización artificiosa de los artefactos humanos simplemente oculta el horror y no llega apenas a mostrar la fealdad, clave para el arte o para cualquier intento de mostrar lo que el progreso de la racionalización ha dejado de lado y vuelve a encontrarse como obstáculo perturbador en la marcha de la historia. Adorno ha mostrado que la belleza oculta lo feo; este lo horrible. Los vertederos de la historia ya no se pueden ignorar, porque aparecen a la vuelta de la esquina en la marcha de la historia que pretende sacrificarlo todo en aceleración vertiginosa, cuando en realidad es ella misma la que se vuelve ciega y estúpida, lo contrario de la astucia de la razón hegeliana. Y ni siquiera la pretensión de circularidad arregla ese desarrollo, ya que cada pretendida vuelta consume mucho más de los recursos, como las viejas revoluciones que apuntan a nuevas aceleraciones en lugar de acoger la detención de la historia, a la que apela Benjamin, el decrecimiento necesario para que lo humano sea sostenible.

¿Será capaz la traducción de ayudar en la ascensión de la torre de Babel hacia algo divino desde la multiplicidad de mundos humanos y de lenguas, convirtiendo la pirámide que apunta al cielo en un árbol que mueve esplendorosamente sus ramas mientras su tronco se deleita con una tierra fértil? Al situarse en el centro, en el núcleo de la cultura que moviliza el lenguaje, la traducción da una buena pista para vérselas con la basura desde la multiplicidad de los despojos del lenguaje, desde el conglomerado que permite otear más allá de lo descompues-

to a partir de la descomposición misma, la de los materiales físicos y los espirituales. Es necesario hacer comprensible en todo ello una animalidad y una naturaleza que no puede olvidarse ni para la felicidad ni para la sobrevivencia y donde el arte ocupa un lugar relevante, acaso mayor que la ciencia misma, porque no todo es dominio de la naturaleza y de los peligros, sino también comprensión de nuestro papel y de las inervaciones con la naturaleza, pero desde cierto interior que no permite alejarse del todo mediante unas abstracciones siempre platónicas.

A ello apunta el último Benjamin en la segunda memoria sobre los pasajes parisinos del XIX. Aquí sería relevante la multiplicidad de citas, de idiomas, que amasa ese material de los pasajes y lo que insinúa el plano general incluso tras la aparente narrativa con la que fuerza todo el conglomerado de citas y reflexiones. Sólo esa multiplicidad y el esfuerzo del coleccionista o trapero acercarían lo que se intenta comprender y describir sobre el papel de la traducción en cuanto interpretación que se hunde en el lenguaje, entre las palabras, para nadar hasta poder respirar un aire de otro mundo, que afloraría mediante la no jerarquía, la no unicidad, el no monolingüismo, más allá de todos los miedos que se esconden en la identidad, en la lengua materna, en las poses del dominio y de la victoria sobre nuestro entorno, tan frágil, tan penosa, tan al borde del abismo. Tras la unicidad, tras el orden de lo general, se esconde la potencia sin resquicios de lo aglomerado, del conglomerado de mundos lingüísticos, de experiencias humanas, de tradiciones vivas y muertas, de lo humano en toda su riqueza, de sueños y fracasos, de sufrimiento y placer, de lo que

parece despedazado y amenazador para una vieja mirada que ya tiene el tono de lo cadavérico. La prehistoria de lo que todavía es nuestra actualidad lleva a Benjamin, con el aliento de la traducción, a pergeñar una fisiognómica social donde intenta mostrar el rostro de la modernidad, diagnosticando y sugiriendo pistas para su mejora o transformación.

A ese paisaje abre el teórico de la traducción que es Benjamin con intención sociológica y filosófica en la *Obra de los pasajes*. Los múltiples temas que emergen quedan cosidos por el hilo del lenguaje, de la traducción o la interpretación, que otorgan ciertos párrafos en medio de citas. El hilo aparecería alegorizado en las diversas tintas de colores con los que sabemos que unía los fragmentos de textos, como cuenta Tiedemann. Y los poderes del lenguaje, olvidados largamente por medios especializados, acogotados por intenciones que se creyeron y se creen indispensables, vuelven a cobrar vida en una literatura que los remueve con modestia (Kafka) o en una filosofía que no los esconde (Benjamin). Lo tematiza no sólo Josefina la ratoncita, sino también la falsa fama de Benjamin. Es la frescura que ya no tiene una vanguardia que ha fracasado de tanto éxito (o una sociología enquistada en dimensiones sistémicas o modelos económico-culturales), sujetada y adormecida, drogada en museos y premios, en rituales de reconocimiento que olvidan cómo se transmite y cómo mueren las viejas tradiciones y los anhelos no cumplidos, al borde del abismo que los lamentos de una naturaleza cercana no deja de proferir en mares y ríos, en las sacudidas del clima, en las ciudades y el paisaje industrial, en los muertos que todavía porfían por lo que no pudieron vivir ni casi soñar, en los len-

guajes que nos conectan con ellos. Tal paisaje benjaminiano, junto a lo que permite comprender la traducción, abre la posibilidad de una transformación del mundo que exigiría una política mundial que cambie el curso de una historia que amenaza con catástrofes sin límite.

Es algo sencillo, casi invisible, como la traducción, no lejos de la reproducción ni de la conservación cuidadosa, en el apoyo necesario en la tradición que constituye la historia humana, lo que, cual una práctica médica, ayuda a recuperar la vitalidad escondida en lo particular, en la multiplicidad, en la profusión inabarcable de lo humano, de sociedades y grupos, de individuos y objetos, como si en esa masa aparentemente caótica se escondiera el secreto para una vida humana por fin digna y a la altura de los anhelos que cruzan una larga historia de desdichas. La traducción ayuda a poner en el centro de lo humano, de sociedades y culturas, el lenguaje, y lo hace en la tensión de las lenguas como única posibilidad de reencontrar no el paraíso perdido, que nunca existió, sino el país de jauja que prometió el nacimiento del capitalismo y que frustró al poner el beneficio como la moneda de cambio y la obsesión máxima. Darle a esa moneda la vuelta consiste en poner en el centro la traducción como interacción entre mundos humanos, entre lenguajes como condensación de experiencias históricas y deseos no cumplidos. Es la tarea de mostrar el papel oculto del lenguaje en todos los medios y conocimientos, en todas las habilidades y formas simbólicas, pero en la multiplicidad de las voces, que traza una panorámica sobre la complejidad de lo humano, de nuestra actualidad, de las sociedades entrelazadas en este planeta hoy mismo, cual un vuelo que

de repente hiciera presente un paisaje bien poco contemplado por las prisas y las compulsiones apremiantes. Multiplicidad de experiencias humanas dirigidas por los lenguajes y finalmente un medio para entrelazarlas desde dentro en cuanto su finalidad no quedaría fuera y no sería instrumentalizable por ningún deseo perverso, ni de saber ni de poder ni de dinero.

La traducción es tan poco respetuosa como lo era Benjamin hacia las disciplinas establecidas del conocimiento, puesto que su práctica requiere del uso de diversos saberes altamente especializados, así como de una meticulosa atención hacia las palabras y lo que en ellas se expresa en lenguas distintas. Quizás sea una especie de afinidad electiva lo que atrajo al joven Benjamin a la traducción, cuyo ejercicio le permitió hacer suya la literatura francesa más avanzada y le sirvió como punto de partida para una reflexión sobre cuestiones clave de la filosofía del lenguaje. Benjamin mantuvo este interés por la traducción a lo largo de toda su trayectoria intelectual, si bien con transformaciones importantes que guardan relación con la revisión de sus perspectivas filosóficas a partir de su encuentro con las vanguardias artísticas y con el materialismo histórico.

El presente libro aborda el pensamiento benjaminiano sobre la traducción desde la continuidad existente entre esta última, la escritura y la interpretación. Es precisamente el reconocimiento explícito de esta continuidad lo que posibilita un fructífero intercambio entre la práctica y la reflexión sobre la traducción. El libro contiene nuevas traducciones de los tres

textos que Benjamin escribió sobre la traducción en distintos momentos de su vida. Pocas veces se leen estos textos de manera conjunta, puesto que suelen aparecer separados en los diversos compendios de su obra, en una dispersión marcada por el contexto temporal de su escritura y en versiones de diferentes traductores, que dispersan con sus distintas voces e interpretaciones el eco de la voz del propio Benjamin. Especialmente el último texto que Benjamin dedicó a la traducción, escrito en 1936, es todavía ampliamente desconocido incluso por los estudiosos de su obra y sorprenderá a muchos lectores. La dispersión de la voz de Benjamin a través de las múltiples voces de sus traductores es también un tema que condiciona nuestra interpretación de los textos, y en algunos casos hemos modificado la traducción para no ocultar la continuidad de las palabras con las que Benjamin se refiere, en distintos momentos de su vida, a temas sólo aparentemente lejanos.¹

Planteamos esta tarea desde diversas disciplinas e intereses dispares, que han marcado nuestra escritura y nuestra aproximación a los escritos de Benjamin no sólo en lo que se refiere a la elaboración de este libro, sino a lo largo de nuestras respectivas trayectorias intelectuales. Uno de nosotros articula desde la filosofía y la teoría crítica una reflexión sobre la obra de Benjamin y otros filósofos de la escuela de Frankfurt (Aguilera, 1991, 2015a, 2015b, 2018, 2021). La otra propone una denominada sociología traslacional inspirada en buena medi-

1. Las traducciones de las citas de obras que no se han publicado en español son nuestras.

da por perspectivas y aproximaciones benjaminianas a distintas formas culturales (Bielsa, 2022, 2023) y un acercamiento a la traducción como la experiencia de lo ajeno para comprender los procesos de cosmopolitización de la realidad (Bielsa, 2014, 2016). Se trata de una reflexión sociológica que se ha articulado principalmente en inglés. Pero el presente volumen es también el producto de una prolongada colaboración mediante la cual estas distintas elaboraciones e interpretaciones a menudo entran en contacto, se traducen y se transforman.

La primera parte del libro presenta la traducción de tres textos de Benjamin realizada por un traductor que también trabaja desde una perspectiva académica y disciplinar. La segunda contiene las interpretaciones críticas de los autores de este libro como una propuesta de actualización, en la que se analiza la visión benjaminiana de la traducción en relación con otros aspectos clave de su obra al tiempo que se la conecta con el presente. La tercera parte del libro elabora perspectivas más amplias sobre este presente que ponen en el centro la traducción, una actividad social ubicua que muchos filósofos y sociólogos menosprecian u olvidan pero en la que, como Benjamin sabía muy bien, quizás pueda encontrarse la clave de nuestra supervivencia.